

El verdugo habia ya con rapidez puesto fuego á las otras dos hogueras, y casi en el mismo instante las llamas se alzaron en las tres, y tres gritos que partian el alma, tres gritos de supremo dolor, de horrible angustia, se escucharon simultáneamente.

Entre las llamas que se alzaban de las túnicas y el pelo, podian verse á las tres hermanas al través de una nube de humo, retorcerse, levantar los brazos y las piernas, hasta donde se les permitian sus cadenas, alzar el rostro y lanzar agudísimos gritos.

Poco á poco sus movimientos se hicieron menos violentos, sus carnes fueron quedando negras; por fin inclinaron las cabezas, las llamas consumieron aquellos rostros hechiceros, y despues, carbonizados aquellos cuerpos, cayeron dentro de la hoguera y se convirtieron en cenizas.

Cuando el fuego se apagó para recoger aquellas cenizas y arrojarlas al viento como mandaba la sentencia, no quedaban ya de aquellas tres mártires, mas que una mano de Doña Violante, adherida al anillo de hierro con que estaba atada.

Aquella mano estaba negra, pero habia conservado su figura.

Los verdugos la arrancaron de allí y la arrojaron en otra hoguera preparada para quemar á un judío.

Don Felipe de Carbajal fué encontrado en una de las calles vecinas, tirado en el suelo y sin conocimiento.

Comenzaba entonces otra gran peste entre los mexicanos, que llevó al sepulcro mas de dos millones de víctimas en un año que duró.

Era la epidemia mas espantosa de cuantas hacia mención la historia, y ya apenas alcanzaba el tiempo á los vivos para enterrar á los muertos.

Muchos cadáveres eran arrojados á las acequias, y muchos devorados en los campos por las fieras.

El virey Don Martin Enriquez habia hecho abrir algunas casas vacías para depositar y cuidar á los enfermos, y el arzobispo Moya de Contreras habia hecho lo mismo por su parte; pero no era posible ni aun enterrar el gran número de muertos que diariamente hacia la epidemia.

Ni el nombre de la enfermedad sabian los médicos, ni pudieron encontrarle jamás remedio.

Terribles dolores en la cabeza, calenturas, inquietud en el espíritu, un deseo irresistible de huir de las habitaciones, hemorragia por las narices; estos eran los síntomas, y luego á los nueve dias la muerte.

El médico mas notable entonces, que era el Dr. Don Juan de la Fuente, declaró que nada valia la ciencia, y el cuidado de los apestados se encomendó á los frailes de los conventos de la ciudad.

México parecia entonces un panteon.

* * *

Don Felipe de Carbajal fué levantado de la calle el dia de la ejecucion de sus hijas, atacado ya de la peste, y conducido inmediatamente á uno de los lazaretos que habia establecido el virey.

Habia perdido el conocimiento, arrojaba ya sangre por la nariz, estaba perdido.

Nueve dias despues, una mañana dos criados del lazareto sacaban el cuerpo de Don Felipe para depositarle en un

gran patio, adonde ocurrían grandes carretas para llevarse los cadáveres al cementerio.

Llegaron los conductores y comenzaron á hacinar cadáveres en su carro.

El de Don Felipe fué uno de los últimos, y vino á quedar colocado encima de otros muchos.

Llegaron al panteon; allí se hacían inmensos zanjones y se arrojaban en él á los muertos que dejaban allí los conductores para ir en busca de otros.

Pero aquel acarreo era constante, aquel trabajo era sin descanso.

Los sepultureros tomaban á los cuerpos de los piés y de las manos, y los arrojaban á la fosa comun.

Habían comenzado ya su operacion cuando oyeron un suspiro entre los muertos, luego un quejido, y despues vieron que uno de los cadáveres se incorporaba.

Los sepultureros volvieron con indiferencia el rostro, á mirarle.

—Vaya; otro que han traído vivo—dijo uno.

—Así es todos los dias—contestó el otro.—Mejor; mas trabajo para ellos, menos para nosotros.

—Agua—dijo el hombre que habia casi resucitado de entre los muertos, y que era Don Felipe de Carbajal—agua por amor de Dios.

—Dale agua á ese pobre—dijo un sepulturero á una mujer que llegaba.

La mujer, acostumbrada ya sin duda á aquellas escenas, llevó á Don Felipe un jarro de agua, cuidando poco de andar por el suelo ó sobre los muertos.

Mientras que Carbajal bebia el agua, la mujer le miraba. Carbajal estaba desnudo, y la marca roja de su espalda llamaba la atencion de la mujer.

—Mira—dijo la mujer al sepulturero—este hombre tiene la misma señal en la espalda que la niña que nos dieron el año pasado.

—¿Cuál niña?—exclamó Don Felipe.

—Una huerfanita—contestó la mujer.—Ven—agregó dirigiéndose al sepultero—ven á ver.

El hombre se llegó á Carbajal y comenzó á examinarle á su vez.

—En efecto—exclamó.

—Sí, tengo esa mancha—dijo Carbajal, y todos los de mi familia la tienen.

—Entonces, esa niña debe ser de vuestra familia.

—¿Qué edad tendrá?

—Parece como de dos años, comienza ahora á hablar.

—Señora, esa niña es mi nieta Juana, que nos fué robada el año pasado.

—Robada, ¿y cómo?—dijo con interés la mujer.

—Yo mismo no lo sé—contestó Carbajal;—pero es ahora la única persona que me queda de mi familia; todo lo he perdido sobre la tierra.

—¿Con la peste?

—Sí—dijo Carbajal, no queriendo descubrir su historia á aquellas gentes.

—¡Pobre niña, es tan bonita, tan humilde! La queremos como á nuestros hijos, y solo por eso no la hemos dado, porque nosotros somos pobres y tenemos muchas criaturas.

—Ahora yo la recogeré—dijo Don Felipe.

—¿Recogerla?—contestó con indignacion la mujer—¿recogerla? ¿y os figurais que despues de haberla criado, y de quererla tanto, se la íbamos á dar al primero que dijera «soy su padre?» No señor, nunca, nunca.

—Pero, señora, si vos misma habeis visto la señal que tiene esa niña en la espalda y la que yo tengo.

—Eso puede ser una casualidad, que no es difeíl entre diez mil cadáveres que han traído..... lo que yo podré hacer, será que la veais de visita en mi casa..... pero darla, nunca..... si la quiero como si fuera mi hija.....

—¡Señora, por Dios!.....

—Nada, si quereis así, bien; y si no, no; y eso, antes es necesario que esteis enteramente bueno y que haya pasado la peste, porque si no, como ella puede ser verdad que sea de vuestra misma sangre, quizá se nos vaya á contagiar...

—Teneis razon.....—dijo Don Felipe reflexionando.

—Entonces procurad buscar una casa para curaros, y despues que todo haya pasado, vereis á la niña.

Don Felipe comprendió que no habia mas remedio que conformarse.

Haciendo un esfuerzo terrible, se levantó y salió de entre los cadáveres.

Por mas que hizo, no logró que la mujer le diese las señas de su casa.

—Aquí buscareis á mi marido, y él, que sabrá cómo va la peste por los cadáveres que entierre, dirá cuándo debeis ir: si os digo mi casa, me espiais, y en un descuido sereis capaz de robaros á la niña.

—Pero despues sucederia lo mismo, si tales fueran mis intenciones.

—No, porque no habiendo peste, mi marido no necesita estar aquí todo el dia, ni yo salir á traer la comida. Id á curaros y tened paciencia.

Don Felipe se resignó, y apoyándose en las paredes, salió á la calle en busca de un asilo para curarse.

Solo Dios podia valerle en aquel horrible aislamiento.

*
*
*

Don Felipe encontró amparo en casa de unos pobres que se condolieron de su situacion, pero su convalecencia era penosa, y no le fué posible salir á la calle hasta que habian trascurrido ya tres meses.

El primer dia que pudo andar se dirigió al camposanto; la peste disminuia en intensidad, y no era ya tan grande el número de cadáveres que se enterraban diariamente.

Don Felipe buscó entre los sepultureros, y no encontró al que necesitaba; preguntó por él, y no pudieron darle razon.

Por fin uno de los trabajadores habia conocido al hombre cuyo paradero deseaba saber Don Felipe.

—Ya me acuerdo de ese—dijo;—murió de la peste hace como un mes.

—¿Murió?

—Sí, aquí está tambien enterrado él, su mujer y dos hijos.

—¿Una niña entre ellos?

—No, varoncitos los dos; yo mismo los arrojé á la zanja.

—¿Y las otras criaturas que habia en su casa?

—Pues quién sabe; como quedaron abandonadas, no sé qué habrá sido de ellas.

—¿Conoceis par ventura á alguno de sus parientes?

—A nadie.

Don Felipe quedó como si un rayo hubiera caído á sus piés: habia concebido y alimentado una esperanza, y la perdió de repente.

La suerte no se enasaba aún de perseguirle.

Pero yo no conocia lo que era eso que se llama el mundo, jamás habia salido de mi casa mas que á misa á las cinco de la mañana en verano, y á las seis en invierno.

El resto del dia lo pasaba encerrada en mi casa, y ni siquiera habia llegado á comprender que hubiese algo que se llamase amor, á pesar de que algunas veces sentia en el alma cierta inquietud vaga y desconocida.

* * *

Habia yo observado hacia ya algun tiempo, que el hombre á quien tenia yo por mi padre iba tomando un aire de tristeza muy marcado, que me miraba de una manera extraña, que gustaba de estar á mi lado mas tiempo cada dia, que me acariciaba con mucho ardor, y que cuando como de costumbre llegaba yo á besarle, se estremecía y se ponía encendido.

A pesar de mi inexperiencia, esto me hacia reflexionar algunas veces que algo extraño debia pasar en aquel hombre, y lo que mas me hacia pensar, era que algunas veces cuando me acariciaba oia acercarse á mi madre y él se retiraba precipitadamente como con terror.

Yo, combatida por estos pensamientos, comencé tambien á entristecerme.

Un dia mi padre me dijo con profunda ternura:

—Hija mia, ¿me quieres mucho?

—Mucho, le contesté besándole una mano.

—Y si quisiera irme de aquí, ¿me seguirias?

—Hasta donde tú quisieras.

—Entonces prepárate, porque quizá pronto partiremos.

—¿Y mi madre?

MI HISTORIA.

(Continúan las Memorias de Doña Juana de Carbajal.)

CUANTO te he referido, Esperanza, acerca de nuestra familia, lo sé por las relaciones de mi abuelo Don Felipe de Carbajal. Ahora voy á narrarte la historia de mi juventud y de mis desgracias.

Nada recuerdo de la casa del sepulturero ni de su familia. Era yo tan niña, que para mí todo eso es como si nunca hubiera existido; mi memoria se conserva desde que tenia yo ya cinco años, y que vivia con una mujer llamada Esther, cuyo marido, mas jóven que ella, habia sido soldado y trabajaba como sobrestante en las obras de albañilería.

Ni Esther, ni Luis su marido, tenían parientes, y en mi infancia me cuidaban con tanto esmero, como si yo hubiera sido verdaderamente su hija. Y yo me acostumbé á llamarles «padre y madre.»

Teniamos una vida tan tranquila, que los años se deslizaban siempre iguales los unos á los otros, y así como sin sentirlo y sin comprenderlo, me encontré ya hecha una mujer, una jóven de veintidos años.

—Ni va con nosotros, ni debes decirla nada, ¿lo oyes? Si lo supiera, tú y yo seríamos perdidos.

En este momento oímos los pasos de Esther que se acercaba. Luis se retiró violentamente y se puso encendido.

La mujer entró y debió no haber notado nada, porque nada dijo.

Hacia también algún tiempo que había entre Luis y su mujer grandes y contenciosos altercados, y disputas que algunas veces tomaron un carácter tan violento, que llegaban á las manos.

Entraba yo á apaciguarlos, y una vez oí á Esther que decía á su marido:

—Un día de estos voy á contárselo todo á esa muchacha.

—Ese día te mato—dijo Luis.

Al verme, los dos callaron; pero aquellas palabras estuvieron dando vueltas muchos días en mi cerebro.

Cada vez que me encontraba á solas, Luis me decía:

—¿Hija, ya estás dispuesta?

—Sí, le contestaba yo.

Había entendido que ambos querían separarse por la vida que llevaban; y como Esther había dado en maltratarme cruelmente todo el día, mientras que Luis me acariciaba y me contemplaba, yo no podía vacilar en la elección.

Para mí ellos eran mi padre y mi madre, y en caso de separarse, con alguno debía de irme, y me parecía mejor que fuese con el que mejor me trataba.

Yo esperaba el día de la partida con temor por lo que podría decir mi madre; pero también con alegría, porque á cada instante era más triste allí mi situación.

Una noche, ya en las altas horas, oí una de tantas disputas en el cuarto de Luis y de Esther; creí que sería cuestión de toda la noche, pero me engañé; á poco todo volvió á quedar en el más profundo silencio.

Habría pasado una hora de esto, cuando llamaron á la puerta de mi cuarto.

Me levanté creyendo que alguien se habría enfermado; abrí la puerta y ví á Luis en traje ya de camino, aunque sumamente pálido y desencajado.

—Vámonos—me dijo.

—¿Adónde?

—¿No te advertí que estuvieras preparada?

—Lo estoy.

—Pues vamos.

—¿Y si me pega mi madre?

—No tengas cuidado; ella se ha ido ya primero que nosotros y nada te dirá; pero date prisa y vámonos.

Él esperó en la puerta, yo me vestí apresuradamente, tomé toda mi ropa, que estaba ya preparada de antemano, y dije:

—Ya estoy.

—Sígueme; ven.

Salimos de la casa y yo iba casi con terror: al pasar frente á la cámara en que dormía Esther, advertí que no había luz; esto me calmó: sin duda, como decía mi padre, ella había partido antes que nosotros abandonándonos.

Llegamos á la calle y comenzamos á caminar.

Yo ni conocía las calles, ni los rumbos, ni sabía adónde

nos dirigiamos: del brazo de Luis, caminaba sin hacerle pregunta ninguna.

En todo aquello habia algo de misterioso que me amedrentaba y que no me atrevia á sondear.

Luis iba sombrío y silencioso; pero al mismo tiempo sobresaltado, volviendo el rostro cuando creia escuchar algun rumor, y recatándose cuando creia que álguien se acercaba.

Cuando amaneció estábamos ya fuera de la ciudad.

Yo no sabia lo que eran los campos; caminando por ellos, la aurora, el cielo, los rios, las aves, todo me encantaba, me hacia feliz.

Respiré el aire puro de la mañana y me puse tan alegre, que Luis me lo conoció; entonces él tambien comenzó á perder el ceño, y mirándome con ternura, me dió un beso.

—¿Estás muy contenta, vida mia? me dijo.

—Sí, padre mio, le contesté.

—¡Oh! no me digas padre.

—¿Por qué?

—No me gusta.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? En primer lugar porque no soy tu padre, hermosa.

—¿No sois mi padre? Pues entonces, ¿qué sois mio?

—Por ahora, mi vida, nada; yo te crié y te quise como á una hija; pero creciste y me fué ya imposible verte como á tal; me gustabas para mujer y no para hija. Esther era tan fea, tan vieja, tan mala, y tú tan jóven, tan buena, tan bonita, que era preciso que yo te quisiera, y por eso te he sacado de aquella casa para que seas mi mujercita: ¿te gusta?

Yo nada contestaba: Luis me abrazaba y procuraba besarme; pero desde que yo habia sabido que no era mi pa-

dre, que queria que yo fuera su mujer, me repugnaba aquel hombre.

Como mi padre, lo veia simpático y amable; como amante, le veia viejo y repugnante.

Seguimos caminando, y yo comencé entonces á ponerme triste y preocupada: en poder de Luis no tenia yo mas remedio que sucumbir, porque me faltaba hasta el miserable apoyo de Esther. Yo pensaba en ella como en una esperanza; concebí la idea de disimular con Luis, escapármele en la primera oportunidad, y volver en busca de Esther.

Almorzamos en un pequeño rancho adonde hicimos alto, porque iba yo muy cansada: allí Luis comenzó á presentarme á todos como su mujer.

Durante todo el camino, y allí mismo, no habia cesado de hablarme frases de amor y palabras provocativas para encender sin duda en mi pecho un amor que estaba muy lejos de sentir.

Volvimos á ponernos en camino aquella tarde, y al anochechar llegamos á otro rancho.

Las gentes que lo habitaban eran hospitalarias como casi todos los campesinos. Luis pidió posada para él y para su mujer, y nos dedicaron un pequeño cuarto, cuyas paredes, como el rancho todo, eran de tablas.

Cenamos y nos retiramos: yo me estremecia de horror al pensar que pasaria la noche tan cerca de él; confiaba yo en mi resolucion, pero habia llegado á tenerle miedo.

—Vamos á ser muy felices, me dijo así que estuvimos solos.

—Sí, contesté temblando.

—Porque yo te quiero mucho, y llevo dinero para que vivamos muy contentos.

—¿Y no nos perseguirá Esther? dije procurando alargar la conversacion.

—Imposible.

—Yo le tengo mucho miedo, y no seré vuestra mujer mientras ella pueda alcanzarnos.

—Entonces puedes serlo desde este instante, porque nunca nos alcanzará.

—¿Cómo?

—Sí; ahora que estamos lejos, voy á contártelo todo: Esther me tenia aburrido, y era además el obstáculo que tenia yo para que tú fueras mia; todos los dias pleitos y disputas, ¡yo, que ya necesitaba poco! Anoche no pude sufrirla, se me subió la sangre á la cabeza, ella me dio una bofetada, y yo tomé un martillo y le dí con él en la cabeza.

—¡Jesus!

—Cayó, quise levantarla, pero estaba ya muerta.

Apenas podia yo respirar escuchando aquella relacion.

Viendo que aquello no tenia ya remedio—continuó Luis—la acosté en su cama, tomé el dinero y las alhajas que pude; te llamé, nos salimos y Laus Deo.

—¿Pero nos perseguirán? ¿Quién sabe que será de nosotros, Dios mio! ¿Qué habeis hecho? ¿En qué me habeis comprometido?

No temas, mi bien, que yo sabré arreglar las cosas de manera que no tengas nada que temer.

Calló él y callé yo, meditando quizá ambos en lo mismo.

Así pasó largo rato, hasta que él me dijo:

—¡Alma mia! mañana debemos madrugar, para continuar nuestro camino, y es preciso dormir un instante.

Yo, ni pensaba en dormir, ni en descansar; no tenia mas idea fija que huir del lado de aquel hombre que me causaba espanto.

Pero estaba yo encerrada con él, y era preciso buscar un arbitrio, y Dios me inspiró y me auxilió: se oyeron por el

camino que estaba al frente de la casa en que nos habian dado hospitalidad, las pisadas de varios hombres á caballo.

—¿Escuchais?—le dije fingiendo mas terror que el que realmente sentia.

—Sí—contestó—ruido de caballos.

—Salid á ver; quizá nos persigan, y es preciso huir.

Él vacilaba, pero yo le animé; y él, procurando no ser visto ni hacer el menor ruido, salió del jacalillo en que estábamos.

En el momento me lancé á uno de los lados del jacal, rompí las delgadas tablas de que estaba formado, y me encontré en el campo.

La noche estaba oscurísima, y yo no conocia el rumbo; pero corrí, alejándome sin pensar adónde iba.

No sé lo que pasaria con Luis, porque yo corrí, corrí mientras, tuve fuerzas, y después poco á poco, pero siempre avanzando, caminé hasta que comenzó á amanecer.

Casi desmayada de fatiga y de sueño, caí al pié de un árbol y me quedé dormida.

Debí dormir una gran parte de la mañana, porque cuando desperté, el sol estaba ya muy alto.

Oí voces cerca de mí, y me incorporé sobresaltada: un jóven que se habia parado junto á mí y me contemplaba fijamente, fué lo primero que llamó mi atencion; hablaba con dos ó tres lacayos que á caballo y á poca distancia, tenian de la brida un caballo ensillado que era sin duda el del jóven.

Preocupada como estaba, creí al principio que serian tal vez gente de la justicia que me perseguia para prenderme, y no me tranquilicé hasta que el jóven me dirigió la palabra.

—A fe mia, señora—me dijo—que no comprendo ni có-

mo habeis venido hasta aquí, ni cómo os habeis atrevido á dormir con tanta confianza en un paraje tan solitario.

—Señor—le contesté—ni conozco el lugar en que estoy, ni sé tampoco por dónde he venido aquí.

—Entonces, ¿cómo es que os encuentro sola? ¿habeis perdido á vuestra familia? ¿os habeis extraviado?

—Señor, nada podré deciros, porque nada recuerdo en este momento.

—Curiosa aventura debe ser esa por cierto: pero supongo que no querreis permanecer aquí; ¿qué pensais? ¿adónde pretendéis dirigiros? decidme; porque os aseguro que solo la casualidad nos ha hecho cruzar por este sitio, por el cual en muchos dias no vereis quizá pasar á otro hombre.

En vez de contestarle, púseme á llorar.

—No lloreis, señora—me dijo;—¿adónde quereis que os conduzca? ¿adónde está vuestra casa?

—No tengo casa, no tengo adónde ir; soy sola, sola sobre la tierra.

—¿No teneis padres, ni parientes, ni amigos?.....

—Nada tengo, nada mas que mi desgracia: y torné á llorar.

—No os apeneis—me contestó;—tengo cerca de aquí una hacienda adonde podreis retiraros mientras pensais, mientras determinais de vuestro porvenir: venid y no os apeneis.

El jóven hizo acercar su caballo, montó en la grupa, me colocaron los lacayos en la silla, y echamos á caminar.

En un pintoresco vallecito que descubrimos desde una altura, se alzaba la casa de la hacienda con sus paredes blancas, sus techos de ladrillos rojos sombreados por grandes árboles y á la orilla casi de un rio cristalino.

El jóven me habia hablado muy poco durante el camino; me dejaba llorar, y solo de cuando en cuando me preguntaba si iba yo con comodidad.

Al llegar cerca de la hacienda, uno de los lacayos se adelantó, sin duda para anunciarnos, porque cuando llegamos, toda la servidumbre estaba ya esperando.

El jóven me hizo bajar del caballo y me condujo á una habitacion dispuesta ya para mí.

—Señora, me dijo—esta habitacion es para vos; los criados están á vuestras órdenes, vivo aquí enteramente solo: si quereis, os servirán aquí la comida, y si me honrais asistiendo á la mesa, tendré en ello un verdadero placer.

Preferí quedarme en mi cámara, y en todo el dia y en el resto de la noche el hombre no volvió á presentarse, aunque los criados me servian con increíble eficacia.

*
*
*

Habian trascurrido varios dias, y yo me habia hecho ya de alguna confianza con aquel jóven, que me prodigaba toda clase de atenciones.

Tenia yo siempre cerca de mí una criada que no me abandonaba y que habia sabido ganarse mi afecto; aquella criada se llamaba María, y por María supe que mi protector era Don Pedro de Mejía, hijo de uno de los mas ricos capitalistas de México, que era español, y que habia venido á aquella hacienda por pocos dias, pero que la casualidad de haberme encontrado le habia hecho detenerse allí.

Don Pedro habia agotado sus galanterías, y á pocos dias de mi llegada habia hecho traer de México para mí, trages y cuanto podia necesitar una mujer.

Yo le habia referido mi historia con la mayor franqueza.

Don Pedro y yo pasábamos la mayor parte del dia juntos, ya en la casa, ya saliendo á dar largos paseos á pié ó á caballo.

Una tarde volvíamos de una de estas correrías; él, acercando al mío su caballo, me dijo con mucha ternura:

—Decidme, ¿nunca habeis amado á un hombre?

—Nunca, le contesté ruborizándome.

—¿Ni ahora?

No pude responderle, pero estreché su mano y agaché la cabeza.

Era que yo sentía que le amaba y que aquellas preguntas describían á mis ojos un velo.

Educada en el mayor abandono y sin el trato de la sociedad, ni conocía el peligro que me amenazaba, ni lo que debía hacer para evitarle.

Tenia en mi corazón el pudor natural de una vírgen, pero no la experiencia ni la luz de la educación.

Como aquel era mi primer amor, como debía yo tanta felicidad á aquel hombre, como él me rodeaba de tanta seducción, mi amor se encendió de una manera terrible, y muy pronto su triunfo fué tan completo como fácil.

Pasaban los días fugaces para mí, había yo llegado á ser enteramente feliz, me olvidaba del pasado, y no pensaba nunca en el porvenir.

Un día, sin embargo, noté que Mejía estaba fastidiado ó triste, y no pude conseguir que me dijera la causa.

Siguió así cada vez mas sombrío, hasta que una mañana me dijo:

—He recibido cartas de mi padre, y es preciso partir para México.

—¡Qué lástima!—le contesté—¡éramos aquí tan dichosos!

—¡Qué hemos de hacer! yo no tengo sino que obedecer! pero en México podremos seguir siendo dichosos.

—¿Lo crees así?

—Ya lo verás: he mandado que tomen para tí una casa, y si no puedo ir á vivir á tu lado, te veré todos los días.

Yo me entristecí con estas noticias.

—Creo que voy á empezar otra vez á sufrir, le dije.

—No lo temas, ya verás como te engañas: tú partirás esta tarde para llegar á México de noche.

—¿Sola? ¿sin tí?

—Yo me voy mañana; no es prudente que nos miremos entrar juntos.

Callé, pero me puse á llorar.

Dos días despues, acompañada de dos criados, llegaba yo á México, en donde encontré ya dispuesta una casa para mí.

Aquella casa era triste, mal amueblada, y estaba en uno de los suburbios de la ciudad, fuera ya de la TRAZA, por el lado del Sur.

Uno de los criados me entregó algun dinero, recogieron el caballo que me había conducido, y se retiraron.

* * *

Estaba yo completamente sola en la casa; no había ni una criada, ni una esclava, ni nadie absolutamente.

Procuré luego que una de las mujeres que vivían en las casas cercanas viniera para hacerme compañía y servirme, y comencé á prepararlo todo para el nuevo método de vida que iba á llevar.

Esperaba que Don Pedro vendría muy pronto á verme; pero pasó un día, y otro, y otro, y ocho y quince, y Don Pedro no me enviaba ni noticias suyas.

Le amaba yo con tanto desinterés, y con tanta fe creía

en su amor, que lo menos que me figuré fué que me habia abandonado.

Mi inquietud era grande, porque me suponía que estaba enfermo, que le habia sucedido alguna desgracia, y no sabia qué partido tomar.

¿Buscarlo? ¿Adónde? Ni yo conocia la ciudad, ni sabia la calle en que él vivia.

Esperar era lo mas prudente; él me amaba, y aun cuando no fuera por mí, iba yo á ser madre y él no podia abandonar así á su hijo.

Pasó un mes, y determiné por fin salir en su busca.

Para no perderme en las calles de la ciudad, determiné que me acompañase la mujer que me servia; todas las mañanas saliamos en busca de Don Pedro, y no podiamos encontrarle, retirándonos fatigadas en la tarde.

Un dia en que estaba yo casi desesperada, acerté á pasar por delante de una gran casa que habia en la calle de Ixtapalapa.

Multitud de lacayos y de palafreneros conversaban en el zaguan de la casa, y se divertian diciendo chuscadas á las mujeres que por allí pasaban.

Llegaba yo tímida á pasar por allí, cuando con la mayor sorpresa distinguí entre aquellos hombres á uno de los criados de Don Pedro, que se llamaba Salvador, y al que habia yo conocido perfectamente cuando estuvimos en la hacienda de Mejía.

Conocióme él tambien, y apartándose de los demás, se dirigió á mí.

—Señorita, me dijo, ¿cuánto tiempo hace que no os veía!

—¡Salvador!—le contesté—¿qué ha sucedido con Don Pedro? ¿está enfermo, ausente?

—No señora, está muy bueno y sano aquí en México.

—Pero no ha vuelto á verme desde que llegué.

—Qué quiere vd., señora, así es el señorito con todas las mujeres.

Aquella respuesta me heló el corazon.

—Gasta—continuó el lacayo—tira y hace mil locuras por una muchacha, mientras que le dura el capricho; despues, anda vete, como si no la hubiera conocido: le he visto encontrar á una chica con quien tuvo unos amores muy fuertes, y ella se lo quedó mirando que hasta parecia tonta, y él ya ni se acordaba, y me preguntó: Salvador, ¿quién es esa muchacha? no está fea. Y cuando le dije quién era, se echó á reir como un niño.

Escuchando á aquel hombre, sentia yo que se hundia la tierra bajo mis plantas.

—Ahora—continuó Salvador—está muy entretenido con una muchacha muy bonita, y con esa sí puede ser que se case, porque esa sí es española.....

No pude soportar mas tiempo aquel martirio.

—Oye, le dije, voy á pedirte un favor.

—Mándeme la señora.

—Vas á dar un recado á tu amo, de mi parte.

—La verdad, eso no, porque me regaña.

—¿Por qué tiene de regañarte?

—¿Cómo por qué? porque cuando le hablo así de las mujeres que él ya dejó, me dice siempre muy atufado: «¿Quién te mete en eso? Si la quisiera yo para algo, ¿crees que la hubiera abandonado?»

Me puse á llorar con tanta amargura, que Salvador no pudo menos de conmoverse.

—Vamos, señora, me dijo; no llore vd., yo veré si aprovecho un rato de buen humor del amo, y le digo. Vamos, ¿qué quiere vd. que le diga?

—Que quiero hablarle, que no exijo ya que me ame, pero que muy pronto voy á ser madre de su hijo; que no creo que tenga valor de abandonar á su hijo á la miseria; ¿lo entiendes? á la miseria.

—Sí, señora, yo se lo diré, pero creo que salimos mal.

—¿Mal?

—Sí, porque el amo es tieso, y yo le conozco muy bien; ya otras pobres..... pero en fin, se lo diré.

—¿Y me avisarás lo que contesta?

—Sí señora; ¿adónde os llevo la razon?

—¿Sabes mi casa?

—¿La que os tomó el amo?

—La misma.

—Bueno; entonces allá iré á deciros lo que se ha adelantado; pero no fieis, porque yo sé que no hará caso, y bueno será que vayais tomando vuestras providencias.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, allá os hablaré mas espacio.

—¿Cuándo irás?

—Esperadme; mañana ó pasado mañana.

—Adios.

—Adios, señora.

No cesé de llorar desde allí hasta mi casa, que en verdad estaba muy retirada.

*
*
*

Salvador cumplió, y al otro dia temprano fué á verme.

En el rostro le conocí que no llevaba buenas noticias.

—¿Qué hay?—exclamé al verle entrar.

—Lo mismo que os habia yo dicho; el amo me ha regañado de lo lindo.

—¿Pero qué te dijo para mí?

—Para vos ni palabra; me llenó de improprios por haberme metido en este asunto: «que ya se habia cansado de vos;» «que si teniais un hijo, que Dios os la deparara buena,» y en fin, que si me habia yo figurado que era un lacayo para casarse con una criolla pobre, ó un tonto para estarla manteniendo toda la vida, y que bastante honor os habia hecho con teneros por dama algunos meses.

—¿Infame!—exclamé yo.

—Estábamos en esta tinga, cuando acertó á entrar el padre del amo, que es un señor español de muy buen corazon, y oyó de lo que se trataba.

—¿Y qué dijo, qué dijo?

—¡Ah! ese es otra cosa; regañó á mi amo por andarse metiendo en amoríos con las criollas, y le dijo que estos disgustos él se los buscaba porque se olvidaba de su alcurnia, bajándose así.

—¿Eso dijo?—pregunté indignada.

—Sí; pero agregó: «esa mujer, ya que fué tu dama, no la abandones así, porque ya le diste honra que no merecia; es necesario que hagas algo por ella,» y entonces le aconsejó lo que debia hacer.

—¿Y qué era ello?—pregunté.

—Pues una cosa natural—continuó Salvador:—me preguntó el amo si érais dama de mi gusto, contestéle que «muy mucho,» y me dijo: pues entonces tómalala por tu cuenta, que yo te aumentaré el salario en diez pesos para que puedas mantenerla: creo que no quedareis disgustada, porque al fin, algo habeis sacado, hermosa mia.

La sangre me ahogaba; aquello era una indignidad, una afrenta espantosa; aquello no tenia nombre.

El lacayo me tendia sus brazos para tomarme entre ellos,

creyendo sin duda que me consideraba yo feliz con lo que me proponia en nombre de sus amos,

—¡Miserable!—le grité dando un paso atrás—miserable lacayo! no me toques, porque seria yo capaz de morirme de ira.

—Adios—dijo él con desprecio—¡qué criolla tan alzada!

—Retírate, Salvador, retírate; no vuelvas á poner aquí jamás un pié: dile á ese infame de Don Pedro, dile á ese miserable de su padre, que yo trabajaré para mantenerme y para mantener á mi hijo, que me olviden como yo los desprecio á los dos, y que el cielo vengará mi inocencia y mi candor burlados por ese hombre, que solo por rico se titula caballero: sal de mi casa, sal inmediatamente.

Salvador espantado de aquel arranque de furor que estaba muy lejos de esperar, salió sin murmurar una palabra.

Le ví alejarse, cerré la puerta de mi cuarto, y me arrojé sollozando en un sitial.

* * *

La miseria me abrumaba; apenas tenias cuatro meses de nacida, hija mia, y yo tenia ya que ganar mi vida en los mas rudos trabajos en que puede ejercitarse una pobre mujer.

Barria en las calles, ayudaba en las casas, hacia mandados en los conventos de monjas, y todo esto por una retribucion tan corta, que me alcanzaba apenas para comer.

Habia dejado ya la casa que tomó para mí Don Pedro, y dormia en un rincon del pobre cuarto que ocupaba la mujer que habia sido mi criada; todos los muebles los habia vendido, y solo conservaba un colchon que tendia en el suelo por las noches.

Aun era yo jóven, y no me faltaban pretendientes que me ponian asechanzas, queriendo aprovecharse de mi desgracia y deslumbrarme con promesas; pero yo rechacé siempre esas proposiciones con desprecio.

Logré encontrar, por fin, un destino en una especie de hostería que se habia establecido en la ciudad.

En aquel tiempo comenzaban á ponerse en México casas para los caminantes, y hosterías.

En la que yo encontré acomodo concurrían gentes de buena clase, los jóvenes alegres y de la nobleza, y algunas familias que iban allí á tomar refrescos ó á cenar.

Yo era jóven, y me encargaba la dueña de la casa de servir á los parroquianos limonadas, licores, bizcochos y otras cosas.

Como era natural, los jóvenes comenzaron á florearme, y se atrevían, ya á apretarme la mano, á querer abrazarme, ya á procurar, aprovechándose de una distraccion, darme un beso.

Yo sufría porque tenia necesidad de ganar mi vida, para dársela á mi hija.

Los parroquianos alegres me llamaron Hebe, que era, segun la mitología, la que servia á los dioses el néctar, y yo tenia que obedecer y responder por este nombre mitológico.

Se distinguía entonces entre los concurrentes un hombre ya de edad, pero que era uno de los mas *tormentistas*, como los otros le decían; llevaba allí á unas damas de alegre vida, y con dos ó tres amigos permanecía en la casa, tomando, jugando y conversando hasta muy entrada la noche.

Este hombre, cuya historia supe despues, se llamaba Don Baltasar de Salmeron.

Don Baltasar determinó que yo seria suya, y comenzó á molestarme de dia y de noche, ofreciéndome y amenazán-